

guna, se puede presumir que acabó sus peregrinaciones, sus ansias y amorosos deseos en el mismo elemento; en las mismas aguas y profundas ondas en que tuvieron principio, apresurando con tan triste nueva la muerte de sus viejos padres y el miserable fin de la infeliz doña Leonor,



Los dos Mendozas.

CAPITULO XCI

Historia sexta y última de esta primera parte, con el origen, fundamento y antigüedad de la insigne Villa de Madrid, adonde sucedió.— Descripción de Madrid.

A doce leguas de la imperial Toledo, en la mitad de las Españas y Citerior Tarraconense, está fundada la memorable y famosa Villa de Madrid, corte real y cabeza de la más estimada monarquía que ha visto al mundo desde sus principios, cuyos originarios fundadores, como siempre sucede en cosas muy antiguas, tienen tan oscura noticia, que casi de toda ella los tiempos espaciosos y largos siglos no han dejado más esencial memoria la tradición de su segundo nombre, que es Mantua Carpetana, así la llama César en sus *Comentarios*, ó por el mismo apellido de los vecinos montes, ó por la semejanza de esta voz

Carpetum, que significa carro, uso particular de sus naturales por la comodidad que para su artificio hay en tantos planicies y llanuras como por largo espacio la rodean.

Tholomeo, poniendo su latitud en cuarenta grados, también la llamaba así, y primero Ursaria, y no falta quien, llevado de vestigios probables, la haga fundación de los primeros griegos (cuyo antiguo blasón fué un dragón espantoso), y más particularmente de su famoso capitán Epaminondas, y por el consiguiente, armas originales de este lugar, según se hallaron en los timbres antiguos de sus puertas. Arguye bien su antigüedad notable haber en la repartición que hizo de España el Magno Constantino, constituídola en obispado más ha de mil doscientos y treinta años. Y, finalmente, el título y corona que la concedió el emperador Carlos V para sus nuevas armas.

Por estas y otras causas testifican autores fué en su primero origen el escudo y muralla de los antiguos y primeros españoles, como también después Escuelas públicas y Estudio general de las ciencias que entonces se sabían, en España. También los moros, según acostumbraron con las grandes y mejores poblaciones de esta provincia, en su asolación y pérdida la dieron nuevo nombre y el mismo que hoy conserva, aludiendo la significación de él á una de sus mayores excelencias, á sus frescos y saludables aires, porque

Madrid no otra cosa significa, en su lengua, que lugar de *buenos aires*, y esto es tan cierto, que ni en lo restante de España ni aun de la mitad del orbe se conoce sitio más sano, cielo más benévolo y claro, terreno más fértil, abundancia más llena, aguas más puras, rostros más hermosos y genios más lucidos, corazones más valientes, ánimos generosos y, sobre todo, virtudes y excelencias más en superior grado. Todo merced de sus influentes estrellas, de su cielo benigno y, finalmente, de sus incorruptibles y delicados vientos.

Y así, respecto de tan grata experiencia y convidados de la amenidad de sus campos, de la grandeza de sus bosques y otras infinitas comodidades, los más reyes de España honraron con largas asistencias, con amor increíble, este noble lugar, hasta que con perdurable asiento fijó el prudente Filipo en él su casa y corte, ampliándole y engrandeciéndole de suerte que él solo, por la igualdad y anchura de sus calles, por sus casas fundadas á este fin, por sus grandes palacios, por sus ricos y fértiles contornos, es capaz de tal máquina, de tanta multitud de moradores, de tan copiosos tratos, de tantas mercancías, de tantos negociantes, de tan grandes príncipes, de tantos títulos, de tantos caballeros, de tan graves Consejos, de tan innumerables ministros, de tantas guardas, de tantos oficiales y, finalmente, de tan varios compuestos como forman su

monstruoso cuerpo, su portentosa é increíble grandeza. A quien por partes, aunque rompida á trechos, rodea una cerca de muralla antiquísima, traza y edificio de griegos; ó, por decir lo que tantos afirman y se ve con los ojos, de una llama continua, de un fuego restringido, pues lo mismo viene á ser el duro pedernal de que es formada y aun las piedras con que enlosan las calles. Y así, por esta causa, dijo un autor que España, entre otras excelencias, tenía una ciudad fundada sobre fuego y cercada de lo mismo.

Mas, dejado esto aparte, justo será que no se olvide en esta descripción uno de sus mayores atributos y aun santuario de los mayores de la Europa, la imagen memorable que apareció en Atocha; aquel retrato de la reina del cielo, aquel asombro de maravillas y milagros; y, entre los muchos triunfos de sus victorias, la del antiguo alcaide de Madrid, el portentoso caso de sus hijas y esposa, aquella estupenda resurrección, y tras de aquesto el hijo amado, el labrador humilde que, juntamente con los dos papas San Dámaso y Melquiades, reverencia por sus santos la Iglesia, y al primero por patrón, esta Villa, en quien también se ve hoy entre otros edificios grandiosos, monasterios sin número, el religiosísimo convento de San Jerónimo del Passo, nombre notable adquirido por el que defendieron generosamente algunos caballeros y aun privados del señor rey don Enrique IV; hazaña tan nota-

ble que justamente quedará para siempre eternizada en la memoria de los hombres, como también por los sucesos de la siguiente historia, la fama y nombre de los Mendozas, hijos ilustres de esta insigne Villa, y tan fieles y verdaderos hermanos, que su rara amistad, sus loables hechos, pudo ser digno asunto y materia bastante á su discurso. Y así, poniendo límite á desta descripción, comenzará en sus fines nuestro cuento.

CAPITULO XCII

Dáse principio al cuento prometido, diciéndose quién fué don Alonso de Mendoza.

Don Alonso González de Mendoza, caballero ilustrísimo como lo son todos los de este generoso apellido, fué natural de Madrid, lugar á quien, según ya queda escrito, han elegido por su grande excelencia los monarcas de España por asiento y morada de su corte. Aquí, pues, y en los antiguos solares de sus progenitores, nació y vivió largo tiempo, aunque lo más de su mocedad entre el rumor sangriento de las armas, sirviendo en sus inmortales hazañas y empresas grandes á la cesárea majestad de Carlos V, el cual, como tan buen apreciador del valor y experiencia militar, hizo particular estimación los años que don Alonso siguió sus estandartes, de

sus méritos y persona; y tanta, que si no fuera algo arrebatado y colérico (condición que en parte desdora sus generosas obras), es sin duda que hubiera ocupado un grandioso puesto.

Mas á esta causa, no siendo muy bien quisto y teniendo en el ejército algunas importantes inquietudes, le convino retirarse á su tierra, adonde no le faltaron otras muchas, porque apenas llegó á ella, cuando pagado sumamente del muy hermoso agrado de doña Catalina Ramírez, dama de admirables virtudes, la comenzó á servir con tan poco gusto de sus padres, que deseaban para su gallarda hija hombre menos brioso y no tan soldado, que á pocos lances, rompiendo con ellos y sus deudos, hubiera de granjear á lanzadas lo que suele adquirirse con blanduras, voluntad y terceros. Finalmente, porque deseo troncar estas particularidades, que son muy accesorias al hecho principal, don Alonso, bien granjeador el amor de su dama, que quisieron que no sus padres, la hizo su mujer, y aunque á costa de muchos gastos, pleitos y aun prisiones, ello se quedó hecho y sus suegros desenojados.

Mas como raras veces deja en la posesión de mitigarse el ardor de los deseos, poco á poco, morigerándose en su pecho aquella ardentísima afición, fué divirtiéndose y aun distrayéndose con alguna nota; si bien nunca ésta rompió de suerte que llegase á sentimientos de su esposa ni á faltar á las obligaciones precisas de su esta-

do; porque corre gran riesgo la flaqueza mujeril el día que la disolución del marido hace huérfanos el lecho casto y la mesa común; y así, el discreto honrado, aunque fuerce el alma y pierda en su gusto lances sin recompensa, no ha de perder horas tan bien gastadas, pena de llorarlas de veras. En fin, con nuevas aficiones don Alonso, restringiendo el amor de su esposa, vivió sin hijos seis ó siete años, cosa que, aunque disimulada de la honesta señora, era de ella sentida y aun llorada con tiernas lágrimas.

Presumía, aunque dudosamente de la condición de su dueño, sus desvelos é inquietudes; mas no por eso acreditaba semejantes sospechas de suerte que él llegase á imaginarlas; que es gran cordura para que no se pierda al pandonor, el decoro y respeto, fingir y aun ignorar las cosas, que en los que pueden no sirven de más que quitarles la máscara para ejecutarlas en público. Así disimulando padecía desoladas penas, en tanto que, desenfrenado en sus vicios, corría él temerario y ligero. Hasta que perdiendo el temor al cielo, y arriesgando su vida en terribles sucesos, vino á empeñarse en uno de manera que, sin gusto y por fuerza, le obligó á dejar la corte, como ahora sabréis.

CAPITULO XXIII

Sabe su esposa la distracción de aqueste caballero, procura remediarla, y él, sospechoso, venga su injusta cólera en un criado de su casa.

HABÍA no lejos de sus barrios de don Alonso una hermosa doncella, de tan grandes partes, calidades y hacienda, que pudiera, á ser más recatada y menos libre, estimarse por casamiento de un muy gran caballero. Esta señora, pues, sin reparar en que don Alonso tenía estado que le imposibilitaba de remedio, llegó á prendarse de suerte en su afición, que casi hizo con él los oficios de un muy fino galán; y como aún más cortos envites eran bastantes á contrastar su gusto, en breves días, y con menores diligencias, ya el arrojado caballero era dueño absoluto de su prenda mejor; y no parando allí el efecto de semejante yerro, antes en lo que siempre suele, á dos meses de trato ya ella estaba preñada y entendida su falta. No tenía más que madre, pero tan varonil, que al mismo punto, sabiendo quién era el autor de su afrenta, con secreto inviolable la desapareció de sus ojos.

Este último exceso alcanzó á saber doña Catalina desde sus principios, porque el poco recato que en él hubo le hizo patente á una criada antigua de sus padres y de ella sus oídos

mas como era tan discreta y prudente y el caso tan digno de temerse como de remediarse, antes de dar cuenta á quien pudo atajarlo la pareció, con dádivas y ruegos, saberlo con certeza de un criado de su marido, el cual, no sólo por sus buenos servicios era el archivo de su alma, mas toda su privanza y voluntad. Pero fué por demás y cansarse en balde; pues antes el fiel mozo procuró desmentirles tales sospechas y aun dió de ellas á su señor larga noticia, diligencia que después le costó la vida; porque no satisfecha con su absolución la celosa señora, tanto cavó en su intento, que alcanzó la verdad, y mediante el favor de una dama de palacio, su deuda, el sosiego de su alma, pues al punto mandó Su Magestad, por medio del Consejo, que don Alonso se fuese á sus lugares; orden que sintiéndola impaciente y no atreviéndose á perder el respeto, á quien la había trazado, como su condición fuese terrible y desease de semejante pesar igual venganza, dió, sin poderse reprimir, en persuadirse que aquel criado, á quien él tanto amaba, vencido de las dádivas de su mujer le había descubierto. Y como á esta presunción engañada se juntase el ausencia impensada de su dama que todo sucedió en un mismo tiempo, hubo de quebrar su cólera y enojo en el pobre inocente, destinado ya, por su contraria suerte, á morir sin culpa. Y así, sacándole una noche, como solía consigo, hizo que dos valientes esclavos que te-

nia para tales empresas estuviesen en parte que, con comodidad y recato, lo ejecutasen, aunque no sin defensa del triste hombre; pues aunque se vió salteado de ellos y de su dueño, mostró bien cuanto hiciera á medirse igualmente. Al fin, en el mismo lugar, puesto que algo desviado de las últimas casas, le enterraron, desmintiendo la sangre y las señales; de suerte que, aunque echándole menos, á instancia de sus deudos, que los tenía en Madrid, se hicieron notables diligencias; y aunque la justicia, por algunos indicios, puso guardas á don Alonso y procedió en la causa, al cabo, sin saberse del muerto rastro alguno, fué absuelto de la instancia, y dado por libre; con lo cual, el cumplimiento del mandato que he dicho, con toda su familia se fué veinte leguas de la corte, adonde en un fresco lugar de su patrimonio y riberas del río Júcar vivió con más quietud y con menos distraimiento; y echóse bien de ver el provecho y gusto que acarreó á su casa, pues dentro de tres años ya tenía dos hijos en su esposa, y con ellos diferentes cuidados que los que hasta allí. Llamóse el primogénito don Diego y el menor don Fadrique, y uno y otro de admirables presencias; y, sobre todo, tan conformes hermanos y tan verdaderos amigos, que pudo su singularidad y excelencia, no sólo dar dos héroes á mi historia, sino fama á su nación, gloria á su patria y materia bastante á dejarlos eternizados en la estampa.

CAPITULO XCIV

*Desaviénense don Alonso y sus hijos,
y auséntanse á la corte.*

YA, en aquesta sazón y aun días antes que don Alonso se retirase, había Carlos V en Flandes, con aquella espantosa hazaña de la renunciación de sus Estados, echado el sello á sus inmortales y famosas victorias, pues alcanzándola de sí mismo, fué la mayor que en los pasados ni en los presentes siglos han mirado los hombres.

Gobernaba por él esta dilatada monarquía su prudentísimo hijo, el Salomón segundo, digno abuelo del potentísimo príncipe Felipe IV, que por dichosos y felices años hoy reina sobre sus innumerables señoríos y vasallos.

Y así, teniendo por la templanza de sus aires, serenidad de cielo y otras comodidades, particular inclinación á la asistencia de Madrid, con su continuación y real presencia, poco á poco se fué extendiendo y ampliando, hasta llegar casi á la grandeza y esplendor en que le vemos; con que todas sus cosas tomaron nuevo ser, porque los muy apartados campos de sus contornos se convirtieron en vistosas calles, los sembrados en grandes edificios, los humilladeros en parroquias, las ermitas en conventos, y los egidos en plazas, lonjas y frecuentes mercados.

A todos ó á los más de estos aumentos, don Alonso, alegre con sus prendas, vivía ausente y retirado de grandezas y máquinas; con lo cual, y los menores gastos, fué allegando suficiente suma y tal según su rico mayorazgo, que pudo fundar otro en don Fadrique y no muy pequeño; si bien el cumplir este deseo ocasionó, por la escaseza con que trataba á la familia, tantas disensiones en ella, que, aunque, no obstante, salió con lo que quiso, fué á costa de dejarle los criados, olvidar sus obligaciones, morir de pena y otros muchos enfados su propia mujer, y, últimamente, de malquistarse con sus hijos, que no pudieron sufrir tal carestía.

Siendo ya mancebos de gallardos alientos, con la conformidad de su voluntad, apenas el mayor dió á entender la suya, cuando ya don Fadrique trazaba el modo de ejecutarla. Era su intento de los dos obligarle en la corte á que los señalase alimento, pues el dote de su madre, y los dos mayorazgos de que eran sucesores, los pedían muy grandes; pero dificultábase mucho la falta de dineros, porque aunque don Diego tenía, por último abrazo de su madre, guardadas en secreto sus más ricas y preciosas joyas, todo les parecía poco respecto de saber cuán tercamente los había de defender su padre. Y así, resolviéndose los dos, acordaron de hacerse bien espaldas, y cargar en las suyas con la plata, jaeces y caballos; para lo cual, haciendo venir á algunos de

los criados que andaban despedidos, con galante despejo, á la primera caza que salió don Alonso, la dieron ellos á lo mejor que había, y con gran diligencia se emboscaron en Madrid, hasta ver como lo tomaba, que no fué con mucho rigor, si no es que el mal remedio le hizo disimular.

No era de su naturaleza miserable ni corto, sino por accidente causado en el acrecentamiento de sus hijos, y así, forzosamente, como todo había de ser suyo, fácil sería consolarse en la pérdida. Con tal aviso, alegres los hermanos salieron en limpio, echaron libreas, pusieron casa y cuerdamente censuraron sus gastos y despendas; de suerte que veinte mil ducados que traían consigo, pudiesen lucirles y fomentar su intento.

Eran entrambos bizarrísimos mozos, lindos jinetes, diestros en todas armas, callados, comedidos y en extremo valientes; de forma que, sin tener necesidad del aplauso y abono de sus muchos deudos, en pocos días se hicieron los ojos de la corte y en menos de año y medio se hallaron con los alimentos que pretendían. Porque habiéndolos puesto en tela de justicia, aunque su padre los contradijo, y aunque intentó que, al menos, se les pusiese en cuenta lo que se habían tomado, como no hubo probanza, merced á la afición de sus criados, que se hicieron mudos, sin mayor dilación aprobó el Consejo los que parecieron forzosos, causa para que, sin muchas escasezas, se alargasen sus galas y se aumentasen sus

lucimientos; y así, aun antes de esto, pocas fiestas ó regocijos públicos hubo en quien ellos no se señalasen ni en quien con suertes venturosas no granjeasen tierra. Valíanse y apadrinábanse en semejantes ocasiones tan á punto, y estaban en aquello tan diestros y avisados, que ni para favorecerse había larga distancia ni para su advertencia ocupación, recato ni interés que los descuadernase. A este propósito, no juzgo fuera dél escribir un lance peregrino que en la presencia de Felipe II les sucedió en las primeras fiestas, que fué conocido su valor.

CAPITULO XCV

Obras y lucimientos generosos de los dos hermanos, por cuyos méritos granjearon el aplauso del pueblo.

PARECE ser que no se contentaban, así por el gran número de pretendientes como por otras circunstancias, los caballeros que habían de ser en el juego de cañas; y así, viendo ellos semejante desorden, como discretos y corteses, aunque entre sus naturales no había otros más dignos, desistieron del juego, pero no de alegrarle con la capa y gorra y algunos rejonazos mientras se aperciaban las cuadrillas. Cumplióse así su intento y, á tan fuerte sazón, que pudo suceder un desmán, porque (por culpa ó descuido del que los soltaba)

cuando los hermanos entraron se hallaban en la plaza dos valientes toros, y no así juntos como acostumbran por natural instinto, sino como dos desatados leones, divididos, y cada uno haciendo por su parte lastimosa riza en el pobre peonaje.

Parece que la buena fortuna de estos mancebos, para que así mejor luciese y campease, había guiado el suceso de esta suerte, porque apenas viendo lo que pasaba, tomaron de sus lacayos sendos rejones y se apartaron hacia donde cada cual de los toros hacía anchuroso círculo, cuando casi á un mismo tiempo embistieron con ellos, mas con diferentes suertes; porque don Fadrique, el menor, rompió gallardamente el asta en piezas rehilando en la cerviz la resta con el hierro; mas don Diego, aunque quebró diestrísimo, fué tanto lo que el toro se le entró por el lado, que llevándole de hilo las cinchas y correas, le dejó, por la falta de silla, en evidente riesgo de perderse; y pareció ello así, porque revolviendo sobre él con el sentimiento de la herida, al primer encuentro le arrojó con la silla á la otra parte, que cayendo de pies, mientras, en un instante embarazado el toro con la silla, le dió lugar, ya él, con la espada en la mano, pudo recibir el segundo golpe; pero tan en sí y animoso, que embistiéndole con la capa en los ojos, al bajar la cerviz le dejó sin vida, tendiéndole en el suelo con la más horrible y fiera cuchillada

que desde entonces acá se ha visto en aquella plaza.

Todo esto sucedió tan acaso, tan en un pensamiento, que casi al mismo instante don Fadrique había hecho su suerte y don Diego esperaba á caballo. Mas como á los alaridos que daban los presentes alabando el suceso fuese preciso el volver también el rostro á aquella parte, apenas don Fadrique lo hizo cuando miró á su hermano á pie y rodeado de infinita gente, y no parando aquí su turbación, al propio punto vió así mismo al furioso animal que de su brazo había escapado, que con ligeros pasos, desembarazando la plaza, llegaba al puesto.

Tenía ya otro rejón en la mano, y así, conociendo el peligro, no despide su flecha el arco indiano tan veloz y presto como él arrancó en favor de su hermano, y tan á lindo tiempo, que habiéndole sus criados mismos desamparado pareció necesaria su ayuda; la cual fué tan airosa, que, atravesándose en medio, hecho escudo del querido hermano, recibió la indomable bestia con tan gallardo pulso, que, ayudado del cielo y de su buena suerte, apenas enderezó el rejón, cuando, partiéndole la nuca, con aclamaciones del pueblo y admiración y gusto de las damas, le dejó haciendo sombra al compañero muerto.

Subió con tanto en otro caballo don Diego, y mandando sacar, bien mal herido, al de su entrada, como si por ellos no hubieran sucedido dos

tan notables casos así gratos y humildes, paseando la plaza, correspondieron al aplauso y parabienes, hasta que entrando los del juego, haciendo acatamiento á los reyes, la desocuparon. Díjose por muy cierto que aquel prudente príncipe había admirado el suceso y alabado de valientes y fieles amigos á los dos hermanos; con que quedó calificado su hecho y más acreditada su opinión, y realmente toda esta honra mereció con justicia su bizarria y despéjo; porque no así tan solo en aquesta ocasión, sino en otras sin cuento, mostrando su valor, fueron mas dignos, como se irá advirtiendo en el discurso de la *Historia* que tenemos entre manos.

CAPITULO XCVI

Descúbreñse émulo contra la virtud de aquestos caballeros, mientras ellos discurren en sus loables ejercicios.

NUNCA, como en las demás acciones humanas, faltan á semejantes accidentes envidias y emulaciones, como ni tampoco á los grandes sujetos, ó ya por el ingenio, ó ya por el valiente y alentado espíritu; y así, en alguna manera fuera caso de menos valer si á los nuestros faltara esta excelencia. Ser virtuosos, ser cortesés, ser recatados, piadosos y discretos y, por el consiguiente, murmurados, téngolo á mucha dicha, como al

contrario por afrenta é injuria de los hombres al que no lo es; porque este tal, á falta de virtudes y méritos, no es envidiado.

No así fuera de intento he escrito estas breves razones, antes, sí, con muy gran causa; pues es bien de notar que sin haberla estos caballeros dado por ningún camino ni entrado en lances que como tan bizarros mancebos pudieran, fomentaron en su contra la voluntad de un gran señor tan mal afecto, que en cualquiera ocasión procuraba disminuirlos; y esto con tan público extremo y descortesía, que ninguno en su presencia, ni aun á sus oídos, trataban de alabar ó engrandecer sus cosas que no le hallase opuesto y disgustado. ¿Qué nombre, pues, daremos á semejante exceso? ¿Qué título á tan bajos envites, ó á qué parte atribuiremos tan mala voluntad? Pienso que si no es llamarla vil envidia, que no tengo otro atributo á que acojirme, por lo menos, en muchos días no se entendió otra causa, ni los hermanos curaron de saberla; y no porque les tuviera á raya el ser este caballero marqués rico y brioso, que para tanto estado, ellos estaban tan emparentados y bien quistos, que pudieran frisar con él y darla mucha mohina; sólo les enfrenaba su generosa y noble condición y desear conservarse con agrado mientras él no les empeñase al descubierto.

Tales y tan honrados propósitos fuerza era que se lograsen aumentando su crédito; y así,

aunque en tan verdes años alcanzaron tan gran predicamento, que no sólo los preciaban por generosos y bizarros, sino por prudentes, cuerdos y de maduro juicio. Cosas eran aquestas para que, llegando á noticia de su padre, mudara condición y se gozara mucho con tales hijos; y sucedió ello así, porque deseando los dos volver á su gracia, cortas diligencias la granjearon, y de suerte, que desde allí adelante su mayor cuidado de don Alonso, al fin padre, era el acrecentamiento y gusto de sus amados hijos. Criábales gallardos potros, entreteníase en bordarles jaeces, en remitirles nuevas galas, allegarles dinero y labrarles ricas y preciosas alhajas y, sobre todo, en darles estado y compañía digna de su valor y muchas virtudes; con lo cual los nobles mancebos andaban lucidísimos y pasaban loablemente su juventud sin haber hasta entonces abierto puerta á las nocivas llamas de amor, ni entrado en rifa de sus ardientes juegos.

Comenzaba en aquesta sazón la primavera, y don Fadrique, gozando la frescura de sus mañanas con más inclinación que don Diego, salía á ver en el campo de la Tela hacer mal á sus caballos, distrarlos en los tornos y castigar sinietros y resabios. Gustaba notablemente de semejantes ejercicios, con lo cual pocos fueron los días de aquel alegre tiempo que, dejando en la cama á su hermano, no le viesen en la Puente Segoviana y los cristales puros de su río; y uno

de éstos, que al descubrir el sol bajaba al puesto, queriendo un poco antes apearse, apenas lo hubo hecho, cuando emparejando con él cuatro mujeres que querían atravesar la Puente, reparándose él algo á mirarlas, vió que con igual intento habían hecho lo mismo; con que, más advertido en su curiosidad, las hizo un humilde acatamiento, porque no obstante que siempre en él había tales extremos, la estofa de la ropa juzgó por digna de mayor cortesía.

CAPITULO XCVII

Prosiguese el suceso de este día.

LA respuesta que tuvo el comedimiento cortés de don Fadrique fué de otra jerarquía; porque haciéndole señas que se acercase, la una tapada hasta los pechos, adelantándose de la compañía algunos pasos, en baja voz le dijo con discreto donaire:

—Si os atrevéis, como á matar los toros en la plaza, á seguirnos ahora en este campo, no es pequeña aventura en la que os pondréis; pues habiendo de llegar á San Isidro, sólo porque el acero que se toma por vos (más que por otro achaque) no se vuelva contra nosotras, os remitamos nuestra guarda; y, por lo menos, podréis venir seguro, que si hubiese caballeros andantes

que lo impidan, todas nos habremos de ver á vuestro lado.

Aquí, no sin alguna risa, callando ella, respondió don Fadrique:

—Conociéndome, como dáis á entender, mal habéis hecho en mandarme con tan largas razones, pues sólo la presunción de que me hayáis menester basta á ponerme en peligros de veras, cuanto y más en cosas tan de gusto.

Y diciendo y haciendo, mandó á sus criados que le atendiesen; y poniéndose delante, comenzó á acompañarlas. Pasaron en alegre conversación la Puente, y con la misma, llegaron á la ermita; si bien en toda esta distancia, quien sustentó la tela, fué la misma que primero había habládole, mas por tan discretos ambages y rodeos, que se le conoció hablaba en nombre de otra, y que asimismo atendía á recatar de las demás el alma de su intento.

Reparáronse en aquel santuario un grande espacio, en quien la propia, tomando por la mano otras dos mujeres, y fingiendo irse á gozar de la milagrosa fuente, dejó á don Fadrique por guarda de la última, la cual, apenas se vió sola, cuando, alzando del rostro el sutil manto, descubrió de improviso un pedazo de cielo lleno de soles, arboles y estrellas, que casi su belleza, y mayormente tan nueva admiración, le dejó suspendido.

Reconoció su turbación la dama; y aunque ella